

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

De los diferentes usos de las piedras. Una aproximación al constructivismo gnoseológico.

Jorge Rasner.

Cita:

Jorge Rasner (2009). *De los diferentes usos de las piedras. Una aproximación al constructivismo gnoseológico. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1201>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

De los diferentes usos de las piedras

Una aproximación al constructivismo gnoseológico

Jorge Rasner

Universidad de la República, Montevideo
jrasner@gmail.com

1 - ¿Descubrimiento o construcción?

El proceso de producción de conocimiento está en condiciones de explicar y comprender el entorno cuando percibe que los sucesos examinados se ordenan a través de una continuidad coherente y conexa en la cual el precedente prepara las condiciones por las cuales tendrá lugar el subsiguiente. A partir de allí emerge un problema epistemológico de primer orden que puede sintetizarse de la siguiente manera: ¿el sujeto en comunidad *encuentra* la explicación adecuada porque accede a un orden subyacente, independiente de sus deseos, intenciones y convicciones o, por el contrario, *construye* ese orden a efectos de explicarse lo que aparece inconexo?

La diferencia es obviamente muy importante puesto que en el primer caso el sujeto *descubre* un cierto tipo de legalidad creado de antemano, y en el segundo *interviene para crearla*, y su intervención será peculiar, una entre tantas posibles, dependiente de su idiosincrasia e intereses.

Es éste, por cierto, un problema epistemológico de primer orden, pero es también un problema político, ya que si el orden del discurso es idiosincrásico no habrá acaso manera de juzgar su eventual veracidad, eficacia o conveniencia más allá de las condiciones que lo hicieron posible. Por lo mismo, tampoco habrá manera de compararlo con otros órdenes explicativos existentes, ya que

son diferentes los intereses y necesidades que los producen, y también diferentes sus objetivos y propósitos. Por tanto, cada uno de estos saberes tendrá, en principio, un contexto de validez acotado, tanto temporal como geográfica y culturalmente, y nada permitiría atribuirles de antemano validez o alcance universal.

Este problema se agrava considerablemente si la idiosincrasia no es siquiera la de una comunidad, donde esa autoridad o competencia es aceptada y por tanto reconocida como tal por los otros miembros, y en cambio se limita a lo que cada sujeto en tanto “medida de todas las cosas” individualmente decida.

El problema al que aludo proviene principalmente del hecho de que en las sociedades complejas es imprescindible una determinada división del trabajo y por tanto es ineludible instrumentar protocolos que otorguen valor y legitimidad a ciertas habilidades para desempeñar tareas de forma tal que esa división se asiente en un mínimo de confianza mutua. Esta circunstancia requiere que se regularice el acceso al saber y a la formación orientada al correcto desempeño de las tareas por parte de cada uno de los especialistas. Asimismo deben generarse instancias institucionales con el derecho y la obligación de someter esas prácticas a determinada evaluación con el propósito de juzgar la eficacia de la especialidad y la de quienes las desempeñan.

En suma, se estipula la preeminencia de un saber que no es la medida de cada cual puesto que refleja un orden independiente que está por encima o al menos no depende enteramente de lo que a cada uno le parezca; de otro modo toda argumentación resultará imposible por carecer de marcos referenciales en común. Para ello, en el contexto de la cultura occidental, se asumió como necesidad epistemológica e incluso política, facilitada por una tradición cultural que concebía a la realidad como una creatura dotada por su creador de ley y propósito, dar por sentada la existencia de ese orden y generar protocolos metodológicos e instrumentales que permitieran su acceso. Tarea que habría de arrogarse en exclusiva la ciencia gestada durante la modernidad europea.

Sin embargo, desde mediados del siglo XX en el ámbito de las ciencias sociales y humanas, “giro histórico” mediante, se generalizará el cuestionamiento a la pretensión de todos aquellos métodos que reclamaban para sí en exclusividad el calificativo de científicos, señalando cómo, en múltiples casos, resultaban ser menos una metodología que recursos ideológicos para sustentar posiciones de privilegio, ya que las prácticas científicas, cuando se las observa en su devenir histórico, exhiben tal diversidad de criterios, estrategias y supuestos que sólo mediante un gran esfuerzo podrían catalogarse como expresiones de una única racionalidad sostenida a lo largo del tiempo. Por el contrario, ni siquiera pueden ser medianamente comparables, más allá de lo trivial, ya se consideren los propósitos que han movido a los científicos a la hora de planificar y ejecutar los programas de investigación, ya los supuestos de orden metafísico, religioso, político y económico que los animan y animaron generando estilos científicos con su propia concepción de lo que es un hecho, una prueba convincente, una demostración exhaustiva.

Puesto en tela de juicio la posibilidad de un método, se verá severamente controvertida la pretensión del acceso a ese orden objetivo y trascendente mediante algo así como la racionalidad científica pura o alguno de sus sucedáneos, y todo se tornará de pronto subjetividad pura, intervención en su acepción más literal, cuando no lisa y llana construcción.

La relación del sujeto cognoscente con el objeto a conocer se torna más problemática que nunca al cuestionarse la posibilidad de establecer una correspondencia unívoca a través de la cual las cosas den razón del discurso. Por el contrario, esta relación invierte sus términos, y será a partir de las posibilidades que brinda el discurso que podrá dársele a una cosa su carácter de tal; esto es, reconocerla, ordenarla, seriarla, diferenciarla, vincularla e incluso percibirla en un espacio epistemológico.

Desde esta perspectiva ha ganado aceptación la concepción de que se produce conocimiento desde espacios problemáticos a través de un proceso de construcción de soluciones y explicaciones a esos problemas, y no porque se avance hacia el descubrimiento de lo que ya está ahí.

Desde este espacio el sujeto epistemológico se despoja de su carácter de mero espectador que accede cada vez a mejores percepciones de la realidad, legado de una tradición que ensalzaba el contemplar por sobre el hacer, y revela en cambio su carácter de activo participante de este mundo. Como tal, conoce construyendo y construye transformando su entorno; transformación que, simultánea e inexorablemente, habrá de afectar su propia inserción en ese entorno.

Tradicionalmente esta intromisión del sujeto se ha considerado una adulteración o cuando menos una manipulación de lo que está ahí debida a intereses particulares con los que se pretende tergiversar ideológicamente la realidad; pero desde que se percibe al sujeto como participante ya no es posible sostener la pertinencia de esta concepción dualista que tiene, por un lado a un sujeto que se enfrenta a la Naturaleza o a la Sociedad de diversos modos, y que por tanto es capaz de adulterar a esa materia inerte en su provecho; y, por otro, a esa sustancia, plástica y manipulable.

El sujeto mismo conforma esa naturaleza y esa sociedad sobre las que pretende indagar, y el conocimiento transformador que de ellas haga es conocimiento y transformación que hará de sí mismo. Los intereses del sujeto constituyen, junto a átomos, instituciones, creencias, etc., la materia que debe procesar y transformar. Es precisamente a partir de esta indagatoria interesada que continuamente se ponen de manifiesto nuevas circunstancias antes poco observadas, sucesos y vínculos ignorados, pero que, una vez detectados, explorados y volcados a la trama disciplinar pueden provocar cambios en el contexto del cual el sujeto forma parte.

Ahora bien, importa ahora centrarse en cómo actúan los diferentes agentes en este proceso de construcción y cómo habrá de recibir legitimación este conocimiento en ausencia de referentes trascendentes a ese espacio en construcción.

Acaso Nietzsche, como en tantas otras oportunidades, será quien manifieste con meridiana claridad y tempranamente, durante la segunda mitad del siglo XIX, el espíritu que anima a esta ruptura epistemológica: “Lo que más fundamentalmente me separa de los metafísicos es esto: no les concedo que sea el yo el que piensa. Tomo más bien al mismo yo como una construcción del pensar, construcción del mismo tipo que “materia”, “cosa”, “sustancia”, “individuo”, “número”, por tanto sólo como ficción reguladora gracias a la cual se introduce y se imagina una especie de constancia, y por tanto

de “cognoscibilidad” en un mundo del devenir. La creencia en la gramática, en el sujeto lingüístico, en el objeto, en los verbos, ha mantenido hasta ahora a los metafísicos bajo el yugo: yo enseño que es preciso renunciar a esta creencia. El pensar es el que pone el yo, pero hasta el presente se creía, como el “pueblo”, que en el “yo pienso” hay algo de inmediatamente conocido, y que este yo es la causa del pensar, según cuya analogía nosotros comprendemos todas las otras relaciones de causalidad. El hecho de que ahora esta ficción sea habitual e indispensable, no prueba en modo alguno que no sea algo imaginado; algo puede ser condición para la vida y sin embargo falso.”

(Nietzsche, 2009)

2 – El constructivismo según Dewey

Si bien esta concepción epistemológica ha sido denominada en forma genérica constructivismo, no podemos olvidar que son múltiples las propuestas que se agrupan bajo esta denominación. En esta sección examinaré el papel del sujeto epistemológico productor de su entorno a partir de la perspectiva planteada por Dewey, quien hace hincapié en la necesidad práctica que anima este giro:

“Los órganos, instrumentos y operaciones del conocer se hallan dentro de la naturaleza y no fuera. Por eso significan otros tantos cambios de lo que existía previamente: el objeto del conocimiento es un objeto construido, existencialmente producido. La sacudida que experimenta la noción tradicional de que el conocimiento resulta perfecto en la misma medida en que capta en su inmutabilidad alguna cosa que ya antes era completa en sí misma resulta tremenda. Pero, en definitiva, hace que nos percatemos de lo que hemos estado haciendo siempre que hemos logrado conocer algo: elimina los aditamentos y acompañamientos superfluos y nos lleva a concentrar la atención en los factores realmente efectivos de la obtención del conocimiento, evitando derroches y haciendo más controlable el conocimiento real. Instala al hombre, al hombre que piensa, dentro de la naturaleza.” *(Dewey, 1952:185)*

La propuesta de Dewey señala claramente que el proceso de producción de conocimiento es construcción no sólo porque rechaza la idea de que algo esté ahí ya pronto y completo, disponible para ser conocido; sino porque, fundamentalmente, no hay experiencia sin la correspondiente actitud activa de un sujeto seleccionando y escogiendo aquellos aspectos de su entorno que le son relevantes y, paralelamente, desechando otros. Vale decir, instala un ser humano productor de su medio:

“Lo que estamos diciendo se opone a la tradición filosófica. Y esto por una razón. Porque se basa en la idea de que los objetos existen como las consecuencias de operaciones dirigidas, y no a causa de la conformidad del pensamiento de la observación con algo antecedente” *(Dewey, 1952:175)*

Ahora bien, las operaciones dirigidas persiguen propósitos, esto es, “toman” del entorno lo que interesa para concretar determinados fines o aspiraciones en base a supuestos previos. Poco importa el color del plumaje del ave si el propósito es aplacar el hambre, tendrá escasa trascendencia qué tipo de árbol produjo la leña si es buena para encender el fuego.

Pero no debemos olvidar que acaso esas características ahora ignoradas serán, por su trascendencia, datos después. Nada está “dado” de antemano, a menos que se efectúe la hipóstasis clásica que convirtió lo “tomado” en dato. Los diferentes objetos con los que se hacen cosas resultan de operaciones dirigidas, su condición primordial será fruto de determinado deseo o necesidad (material, intelectual, espiritual, etc.), y su existencia como tal tendrá un carácter coyuntural, modificable si varía el propósito, pero siempre ligado a esos intereses y deseos concretos.

¿Será posible evaluar ese saber si traspasamos los límites de las circunstancias concretas que los propiciaron? Nótese que desde este punto de vista, la multiplicación de verdades circunstanciales estará en directa relación con la cantidad de soluciones que propongan.

¿Qué respuesta propone Dewey a esto?

“El resultado de una operación constituirá un objeto de conocimiento tan bueno y verdadero como cualquier otro, con tal de que sea bueno en general: con tal de que satisfaga las condiciones que suscitaron la investigación. (...) Hasta podríamos decir que existirán tantas clases de conocimiento válido como conclusiones existan en las cuales se hayan empleado operaciones peculiares al objeto de resolver problemas planteados por situaciones experimentadas con anterioridad.” (Dewey, 1952:172-173)

El conocimiento concebido como una acción transformadora deja de lado las preocupaciones epistemológicas tradicionales por una nueva: proponer soluciones a problemáticas que de continuo se van renovando. Lejos de la tradición filosófica de Occidente que ensalza el pensar y lo separa nítidamente del hacer, atribuyendo al primero el papel de alcanzar el conocimiento a través de un discurso que corresponda con lo que ya está ahí y al segundo un papel meramente técnico, la búsqueda de soluciones que se propone este giro epistemológico produce su objeto a través de la selección de los “datos”, que son “tomados” en función de su relevancia para ese propósito, la elección de las teorías convenientes y las operaciones adecuadas para la consecución de tal fin. Ese objeto es desde luego construido, incluso de manera radical. La construcción, al generar sus propios objetos se distingue del hallazgo –del “descubrimiento científico”– y elimina definitivamente la artificial y no menos arbitraria separación entre ciencia y técnica. Desde esta perspectiva toda ciencia es técnica, puesto que toda ciencia es producción de objetos –conceptuales y materiales– técnicamente capaces de dar solución a los problemas planteados.

“Todo lo que puede denominarse conocimiento, u objeto conocido, denota una cuestión resuelta, una dificultad vencida, una turbiedad aclarada, una incongruencia hecha coherente, una perplejidad reducida.” (Dewey, 1952:198)

La cita anterior es particularmente relevante puesto que indica a las claras cuál es el propósito del conocer: resolver. Todo aquello que permanece irresuelto fue búsqueda, acaso acicate para una futura selección de otros “datos”, otras relaciones, otros instrumentos conceptuales que den pie al objeto que, ahora sí, colaborará a reducir las perplejidades previamente existentes.

“El objeto es una abstracción, pero no viciosa, a menos que se hipostasíe. Designa relaciones seleccionadas de las cosas, relaciones que son constantes, dentro de los límites prácticamente importantes, respecto a su modo de operación.”

(Dewey, 1952:208)

3 – De los diferentes usos de las piedras

En una ocasión una piedra sirvió a un profesor de filosofía, patada mediante, para demostrar a sus alumnos que allí había una cosa que se interponía en su camino y que su dureza no dependía ni de su voluntad ni tampoco del resultado del acuerdo intersubjetivo de la totalidad de miembros la comunidad lingüística que paseaba por ese campo.

Esa misma piedra servirá acaso, en otras circunstancias, al geólogo para confirmar cierta conjetura sobre la estratigrafía del terreno. La misma piedra que sin dudas molestará al agricultor y será removida cuando roture la tierra, y que, tal vez, en una ocasión previa, haya servido como pivote de una palanca para mover al vehículo que quedó atascado en el barro. Esa piedra es muchas piedras y la misma piedra, incluso para una misma persona en diferentes circunstancias de su vida sin que ello implique abismarse en un relativismo radical ni la incommensurabilidad de los sucesivos usos.

Éste es el sentido con el que interpreto la afirmación de Dewey de que el objeto es una abstracción; lo realmente existente es la relación que se entabla entre los agentes actuantes, sean o no humanos, ya que ni la piedra ni el geólogo, el agricultor o nuestro expeditivo profesor que expresa sus convicciones filosóficas pateando piedras no son tampoco sujetos en sí, últimos e irreductibles, sino el resultado de un entramado de relaciones que hacen posible que estén allí, dándose y dándole tan diversos usos a una piedra.

Desde que el constructivista decidió prescindir de nociones ontológicas tan misteriosas como la "piedreidad" y erradicó de su epistemología consideraciones en las que sólo es posible tener por verdadero a un discurso si corresponde con esa "piedreidad", la búsqueda de la versión que mejor se acomode a la "verdadera naturaleza" de nuestra piedra ha dejado de ser significativa. ¿Qué resulta entonces de la reflexión epistemológica cuando no queda "piedreidad" a la cual acudir? Los constructivistas como Dewey sostienen que sólo a partir de las diferentes acciones que se lleven adelante, persiguiendo propósitos específicos que tienen que ver con nuestros problemas y aspiraciones, donde están involucradas las relaciones vinculares que establecen los humanos entre sí y con no humanos, se estará en condiciones de juzgar si se ha logrado lo que se proponía y en qué grado. El criterio para juzgar el vigor de un discurso no será

entonces la mejor descripción de una esencia inmutable sino la puesta en marcha de un proceso de construcción de soluciones y la permanente evaluación de los resultados que vayan arrojando las diversas acciones de las que se compone; dentro de las cuales, por cierto, se cuentan los discursos sobre esas acciones y la capacidad crítica para reflexionar sobre esas acciones.

¿La profesoral patada hizo de la piedra una piedra-argumento? ¿La relación conductor, palanca y piedra-pivote ha permitido que el vehículo continúe su marcha? Plantearse cuál de todas ellas es la verdadera versión de la piedra o la que mejor expresa su “piedreidad” es encerrarse en un callejón sin más salida que autoproclamarse poseedor de la llave que franquea el camino a la verdad esencial de las cosas.

4 - ¿Existe Latinoamérica?

Esta pregunta remeda a aquella que provocativamente formulara Wallerstein cuando se interroga sobre la existencia África o de la India, constructos conceptuales, típicamente eurocéntricos, que tuvieron, y siguen teniendo, como propósito administrar las relaciones centro-periferia y localizar las diferentes zonas que progresivamente son anexadas a la economía política del sistema-mundo:

“Si el sistema-mundo moderno está en crisis, ¿qué alternativas se nos presentan? Si fuera verdad que el ‘progreso’ es inevitable, entonces la pregunta carecería de sentido, pero si más bien aceptamos que las transiciones sistémicas pueden seguir varias direcciones, entonces tenemos una interrogante epistemológica: ¿cómo podremos conocer la variedad de opciones?, y ¿qué tipo de esfuerzos científicos favorecerá una u otra opción? (Wallerstein, 2007:143)

No es mi propósito iniciar aquí una discusión al respecto puesto que me alejaría sustancialmente del núcleo de este trabajo, pero sí concluirlo con una brevísima reflexión que, en línea con lo que sugiere Wallerstein, vincule la postura epistemológica constructivista que se presentó anteriormente con maneras propias de interrogar y transformar nuestra realidad social y política; ya que así como una única Verdad no es el premio que espera al científico al fin del camino, tampoco hay un único concepto de Desarrollo –social, económico, político- ni un único conjunto de tácticas predeterminadas para lograrlo, ni un inevitable camino que otros ya han recorrido y que a nosotros aún nos falta recorrer.

Ref. Bibliográficas

- **Dewey, J.** (1952): **La búsqueda de la certeza**, F.C.E., México [1929]
- **Dewey, J.**(1986): **La reconstrucción de la filosofía**, Planeta-De Agostini, Barcelona. [1919]
- **Nietzsche, F.** (2009): **Lenguaje y conocimiento**, en www.nietzschiana.com.ar
- **Wallerstein, I.** (2007): *Comentario acerca de la epistemología: ¿Qué es África?*, en **Impensar las ciencias sociales**, Siglo XXI, México, 5ª ed. [1991]